

Taller de Escritura Creativa
Fika 2013-2014



Ediciones Manantay
Serie Escribe Si Te Atreves

Maribel García Rodríguez – Begoña Gómez Saiz – Teresa Isasi
Gómez - Ana Lorente Maestre – Mercedes Menéndez Aguirre –
Valentxu Torrientes Arauzo – Charo Vázquez Alonso – M^a Ángeles
Villanueva Moreno – Carmen Camarero Torre – Nilda Diarte
Aguilera

RELATANDO...
AL MARGEN/ EN EL
BORDE/ MUGATIK

Taller de Escritura Creativa Fika 2013-2014

Ediciones Manantay
Serie Escribe Si Te Atreves

Título original: Relatando... al margen/en el borde/mugatik - Taller de Escritura Creativa Fika 2013/2014

Selección de textos surgidos de las propuestas de trabajo realizadas en el Taller de Escritura Creativa, organizado por Mujeres del Mundo – Munduko Emakumeak durante el curso 2013/2014 en los locales de la calle Fika de Bilbao

Primera edición, mayo de 2014

© de los textos, las autoras

© del prólogo, Begoña Ibáñez Avendaño y Marisa Arza Murga

© de la edición, Asociación Cultural Manantay

Diseño portada, maquetación y corrección de textos: Begoña Ibáñez Avendaño y Marisa Arza Murga

Depósito Legal: BI-703/2014

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros medios, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

La novela es como el matrimonio: se lo puede ir arreglando todos los días, y el cuento es como el amor: si no sirvió, no sirvió.

Gabriel García Márquez

PRÓLOGO

RelaTando... girando... bailando... interMitenciando, ciCleando, chaboLeando, consiGuiendo, naVegando, Zorioneando, jaqueMatando, milhoJando ... son palabras, instantes, que han transformando la sombra, la oscuridad en luz, a través de vuestros valientes relatos, cuando cada semana veníais vierneando al Taller.

Llegabais a media tarde a este lado de la carretera corriendo, paseando, subiendo, entrando, palabreando... y ya en silencio –silencio casi silenciandooos disponíais a escuchar, escuChando, las nuevas historias, las nuevas orillas que habíais traspasado, porque sí... RelaTando es un libro en el que todo huele a frontera y a esa vieja invitación lúdica que aún resuena en nuestros corazones: “Compañera/o, sé destino a este lado de la carretera”. Destino en el que hay sitio para quienes quieran compartir una narradora sin límites, una estructura que se bifurca en laberintos, unos personajes que se quitan la máscara, unos tiempos y unos espacios que juegan a la rayuela... exPerimentando, monoloGueando, proSeando, hAikuando, leYendando... traspasando, en fin, maneras de escribir para conseguir un estilo propio, y así, esTileando, transmitir vuestra palabra y vuestro espíritu urbano a este viejo Bilbao.

Todas las tardes, vierneando, AKIF se iba convirtiendo, poco a poco, en un espacio también fronterizo: palabras que eran fuego, silencios que eran promesas, miradas de complicidad... y algunas palmeras, chocolates y cerezas que ayudaban a... bueno, ayudaban. Nada existía sin vosotras, concierto de voces en el que nunca se podía dar nada por sentado. Cada emoción pulsaba su nota, cada giro producía una respiración contenida... transformada en palabras, en guiños cómplices. Y ya sabíais que bajo esas equilibristas, esas palabras, se escondían primero el vértigo, luego el reto... y más tarde la promesa de una nueva tierra al otro lado de la frontera, para descubrir finalmente que ya no hay límites.

RelaTando y relaTando nacieron Emma y Julia, cara y cruz de una misma moneda, pasado y futuro de una vida en la que a veces cuesta creer, y las hayas que debían estar rojas y doradas, como en los últimos cinco años, ahora estaban verdes en el alto de Urquiola; el desarraigado y nostálgico Felipe Ortega en el Bilbao de la posguerra, y el sol que se tragó a Zorione en unas vacaciones en Lanzarote; el jaque mate que desequilibra a un camarero capullo de imitación casera, bandeja en mano y botella de *Martini*, y esas láminas de un milhojas que ayudan a atravesar la Plaza Mayor en aquel lejano domingo de 1920; la niebla que, como una conspiración de silencio, se impone a los perdedores de

la Guerra Civil, ahora ellos niebla también; la joven que nos da instrucciones para no escribir, y esa nave de los sueños, espejo y modelo, en el que mirarnos cuando no nos quede nada; Carlos y su amor o su trasgresión virtual temporal de espacio, como diría su joven nieto, y los gin tonics de la Mari y su amiga que curan olas y pasiones de verano; el juguetón Toñín y su Diario Cambiante a lápiz y rotulador que asombra a Maritxu, y ZAS el sonido que compite como favorito ante un futuro y prometedor *TRANS*; Gabo, el maestro de Macondo, nos enseña que la inspiración necesaria forma también parte de nuestras vidas, y la gatita Misina se convierte en ese cascabel necesario que nos llama a la aventura y que también nos cura las heridas; Juana, Fede y su pasión llena de colores en un Bilbao todavía en blanco y negro, y esa mariposa de alas de lunares que pronto devorará a Arnos; y la rebelde Analía que cambiará su bien remunerado puesto de trabajo por la aventura de un chiringuito, mientras bajo el paraguas Josefina y Hernán se besan sospechando que han crecido lo suficiente y han ingresado en el mundo de los adultos.

Todo eso y algo más... es este libro: Relatando... De la mano de sus escritoras podrás dar a luz, a través de las palabras, esa parte oscura que existe a este lado de la carretera, ahora ya brillando con una luz, la luz de tus ojos cómplices, tú también relatando... neOnando... oleando... cHoqueteando, zaSeando, inspIrando, casCabeleando, pucHereando, paragUando, sierRando, roKanroleando y taTuando... pero ahora con ellas.

Begoña Ibáñez y Marisa Arza

EL CHOQUETAZO

Maribel García Rodríguez

A Maritxu le rechiflaban las celebraciones. Las que más, las que hacía con sus amigos: las súper fantásticas con Meme y la cuadri, las súper divertidas con Trati y la panda, las glamurosas y festivas con Pi, las emotivas con Sincro... Las que le daban un poco de pereza eran las de la familia, pues le resultaban de muy poca novedad, pero la del choque con Toñín en casa de los abuelos, esa sí que estuvo bien.

Aquel día había en la casa un jaleo del grande. En el salón estaban los dos sofás ocupados y todos hablaban a la vez y la tele también. En la cocina el ruido era aún mayor, pues a las voces se les unían choques metálicos de platos y cucharas. Maritxu iba de un lado a otro sin encontrar su sitio... y en una de esas idas y venidas en las que andaba totalmente absorta tecleando su móvil en mitad del pasillo... zas... se dio un magnífico choquetazo con Toñín. Del impacto a este se le cayeron las gafas y el cuaderno que llevaba. Enseguida se oyó del fondo de la cocina una voz chillona que casi gritando dijo:

- Toñín... hijo, fíjate por dónde vas... -La carcajada doble de Maritxu y Toñín hizo que la voz ya menos chillona y menos gritona rematara: ¡Ay Dios mío... estos críos!

Maritxu se agachó a recoger del suelo el cuaderno y al entregárselo a Toñín, que andaba colocándose las gafas, se fijó en el bonito arco iris pintado de muchos colores y en las tres palabras grandes MI DIARIO CAMBIANTE. Entonces sonriendo le dijo a Toñín.

-Jo qué chulo... ¿lo has hecho tú?

Toñín, también muy sonriente, asintió varias veces con la cabeza y, como si le hubieran dado cuerda, empezó a explicarse allí mismo: que era su diario y que no era secreto y que tenía una particularidad en el nombre pues se llamaba "cambiante" porque lo que escribía a lápiz lo cambiaba muchas veces, y lo que ya estaba a rotu ya era inamovible como sus repesueños, y los juegos de pequeños, y que los... Maritxu trató de callarlo diciendo:

-Para, para, espera un poco guapín... -Y como ya le había picado la curiosidad sobre el lío ese del lápiz o los repesueños a rotu,... preguntó interesadísima: Oye, magín, y ¿dices que no es secreto? -Toñín negaba con la cabeza-. ¿Y yo lo puedo leer? -Toñín de puro contento dijo que sí y que él podría explicarle lo que ella quisiera y que muchas cosas eran de cuando era muy muy pequeño y que...

-¡¡A comer venga!!... ¡¡A comer todos!! -les interrumpió la abuela desde la cocina.

Y Toñín le entregó a Maritxu su diario cambiante y una enorme sonrisa.

La abuela había preparado calabacines sudados con nueces, era el plato favorito de Toñín y el de Maritxu también. Los calabacines estaban doraditos, doraditos, como la abuela siempre los hacía.... Toñín estaba contento y Maritxu más, pues ya no sentía que en esa reunión familiar se moriría de aburrimiento.

Maritxu desapareció de la mesa seguido de comer el postre y, con el cuaderno de Toñín bajo el brazo, se llegó a la habitación de los abuelos. Se encaramó en aquella cama llena de abrigos y bolsos y así, encima de aquella montaña, abrió el cuadernillo por la última página y leyó con mucha avidez:

FUERZAS Y COSAS CHOCANTES:

(A lápiz) Me gusta el profesor de Conocimiento del Medio porque nos ayuda mucho a imaginar cuando nos habla de la velocidad de la luz y de lo que hay en el aire que respiramos... Y es porque utiliza ejemplos. Cuando nos explicó las fuerzas también los puso y muchos. Y es que con ejemplos sí que es más fácil imaginar. Nos dijo que la gravedad es como un imán que hay dentro de cada planeta y de cada estrella para que todo gire a su alrededor y así no se caen los satélites en el universo... Y luego dijo que, como ese imán también lo tiene la Tierra dentro de ella, es por lo que nosotros y las cosas no flotamos y nos caemos al suelo... y que todos hacemos fuerzas para movernos y para desplazar y cambiar a las cosas de sitio y tamaño. Y que las fuerzas que hacen los pequeñísimos imanes de dentro de los átomos de dentro de nosotros y de las cosas para no mezclarse con otros átomos de fuera... consiguen que cuando nos sentamos no se rompan ni las sillas ni nuestro trasero.... Y nos dijo también que esas fuerzas de los átomos son más grandes en las cosas sólidas, menos en los líquidos y mucho menos en los gases...

Maritxu, al terminar la página, miró al techo y se acordó de cuando conoció a Sincro... Fue el día de la clase de símiles y metáforas..... Y recordó todos los juegos a los que jugaron: sentidos liados, los enfrenlazados... Suspirando de pura nostalgia se acomodó entre dos parcas guateadas y continuó la lectura de la segunda página.

(A lápiz) Yo como cuando lo iba explicando lo iba imaginando... me he mareado un poco. Ha sido que con los imanes que impiden que los astros se choquen, he sentido que tenían que hacer muchas fuerzas par sujetar en el espacio a sus enormes satélites. Y con el imán de la Tierra tirando de nosotros he imaginado a todos los animales hombres y aves muy cansados al movernos y a lo último, con las fuerzas de los átomos para que no nos rompamos al sentarnos, me han dolido mucho las piernas. Pero el más mareo, que ha sido

como un poco de vertigo, ha sido más al final cuando ha dicho que esas fuerzas lograban el equilibrio en el que vivimos... y es que ha sido de mucho choque el imaginar FUERZAS y EQUILIBRIO a la vez.

A Maritxu se le formó una gran sonrisa en la cara, pues no le costaba nada imaginar a su primo sudando y sin color, y con las gafas quitadas y los ojos en otro sitio.... Y siguió leyendo.

(A rotu) Chocante es un adjetivo que usan mis abuelos para decir que algo les sorprende, extraña o les parece raro. Si dicen “eso choca mucho” es que les parece muy raro. Dicho chocante de la abuela: Ella dice muy a menudo de alguien que es feo “a fuerza de verlo ya no parece ni la mitad de feo”. El abuelo le dice a la abuela en muchas ocasiones: “Mujer, que a la fuerza no se consigue nada...”. (A lápiz) Que mis abuelos, que son como el norte y el sur de una misma brújula, digan cosas que suenan tan distintas a mí ya no me CHOCA. Y tampoco me choca que, entre esos dichos tan diferentes, mis abuelos encuentren equilibrio. Igual son como las fuerzas de los imanes del profesor de Conocimiento del Medio... Puede que lo resuma...

Acabó de leer Maritxu las dos páginas y se dijo que tenía mucha razón Toñín con respecto a aquello de que sus abuelos eran tan distintos... y que le había gustado la idea de la brújula. Maritxu estaba ya envenenada por la curiosidad y hojeando ojeaba los títulos de los capítulos... buscaba los repesueños... y pasaba por encima los ojos en las zapatillas voladoras, en el juego de adivinar, en...

-¡¡Levántate de ahí zanganona!!... ¡Venga que es hora de irse! -Era la voz de la abuela que interrumpió su lectura y sus pensamientos-. Ay qué chiquitona esta, qué forma más tonta de perder el tiempo... leyendo y leyendo.

La habitación enseguida se llenó de primos, primas, tíos y tías para recoger los abrigos y bolsos. Maritxu se bajó de la montaña, cogió su propio abrigo y buscó a Toñín, le dio su diario y le dijo que le había gustado mucho, pero que mucho, el capítulo de “Las Cosas Chocantes” y que no le había dado tiempo a leer casi nada y que, por favor, lo trajera la próxima vez. Toñín dijo que sí... Maritxu se sentía en deuda con Toñín y le pidió que le guardara un secreto. Toñín le dijo que sí. Ella le contó que tenía muchos amigos especiales, muy muy especiales, y que si él quería algún día se los podía presentar. Toñín le dijo que vale que sí porque estaba muy contento de que Maritxu, que era la prima mayor, le hubiera hablado tan bien de su diario...aunque no estaba nada convencido de que quisiera conocer a ningún amigo de Maritxu.

Maritxu le dio un beso y las gracias, y se marchó tecleando en su móvil. Apuntó: “CHOcante, a fuerza de... (abuela), a la fuerza no (abuelo)”. Se le

estaba ocurriendo una chisporroteante idea: unirlo todo -Ideas chocantes + a fuerza de ver...+ equilibrio...-. Ese día el choquetazo con Toñín le había recordado que Sincro le enseñó a fijarse y enlazar ideas, y eso era lo que tenía que hacer. Ideas chocantes con la fuerza de ver con... y, zas, le llegó de la memoria aquello que le contaron sus amigos, los tímidos guarks. Estos le confesaron que ellos si habían bebido mucho helio-electronizado... todo les era como doble y que ellos estaban en dos o varios sitios a la vez, y que se animaban y animaban hasta engorilarse, y que se subían a todo lo más alto... Y que en esas, si notaban que les enfocaban con haces de fotones, o sea que si los miraban..., pues que se les cortaba el rollo... y se paralizaban... Ellos lo habían llamado el efecto “Zenón cuántico”. Maritxu no sabía si lo había entendido, pero lo apuntó en el móvil... para indagarlo. Y así, con esa maravillosa idea mascullándole las tripas, Maritxu se sintió feliz. Debía de agradecersele a Toñín y a su diario cambiante... pues le habían salvado el día del aburrimiento.

En la calle y antes de meterse en la furgoneta familiar, Maritxu gritó a Toñín:

-¡Adios, Antonio wapo, hasta la próxima!

Y Toñín miró hacia abajo sonriendo orgulloso aunque no sentía el suelo bajo sus zapatillas voladoras.

INTERMITENCIAS

Begoña Gómez Saiz

Abro los ojos. Muevo los dedos de los pies, de las manos. Me toco la cara y me reconozco. Soy un hombre mayor que se acaba de despertar. La luz se filtra por los pliegues de la persiana dibujando una falda tableada; es una luz sin sol, es una mañana de invierno. No sé por qué estoy seguro, pero no tengo dudas, es una mañana gris de noviembre aunque estemos en mayo. Palpo el embozo de las sábanas, recorro sus arrugas, acopladas a mi cuerpo, está cálido. Acostumbrado a la penumbra me froto los ojos y distingo una cómoda frente a mí, me resulta familiar, pero está en el sitio equivocado. Giro la cabeza a ambos lados y encuentro una mesilla a mi derecha y otra a mi izquierda, a juego con la cómoda y también fuera de lugar. Cierro los ojos, todo parece estar bien, pero no lo está. Me siento transportado en una habitación que no es la mía aunque lo aparente, a un espacio de distintas dimensiones y con otra gradación de luz, menos intensa y más fría.

Extiendo el brazo para sentir a Emma. La sábana en ese lado de la cama está estirada, falta el peso de su cuerpo grabado en el colchón. Me incorporo atento a escuchar: el grifo, si ha ido a beber agua, el tarareo de una canción, sus pasos volviendo al cuarto por el pasillo... Una señal como un mapa, que la sitúe para no perderme. Solo hay silencio. “Bueno”, me digo, “cuando me levante la encontraré”, y pienso unos minutos sin medida en esta sensación extraña, en esta inquietud, en esta colocación distinta de los muebles. Al incorporarme tengo frío. Las zapatillas de Emma no están, ni su bata. “Habrá ido a poner el desayuno”, pienso.

Me dirijo hacia la puerta, pero no está la puerta, en su lugar hay una pared, la encuentro a mi derecha. ¿Quién habrá hecho algo así? Avanzo hacia la cocina y pongo leche a calentar para los dos. El reloj marca las nueve, salgo al rellano de la escalera, recojo el periódico del felpudo, y llamo a Emma. No me contesta, solo hay silencio. Retiro la leche del fuego y recorro esta casa desconocida buscando a mi mujer. Entro al baño, al otro cuarto, al comedor, al salón... Abro los armarios. Miro bajo las camas. Emma no está. Respiro ávido y recorro, gritando una y otra vez, los espacios: el baño, el otro cuarto, el salón, los armarios... “Emma, cariño... ¿dónde estás?”. Me duele el pecho y grito, la llamo a gritos y lloro. Grito y lloro, y corro por esta casa atropellado, golpeándome brazos y piernas al traspasar las puertas del baño, del otro cuarto, del salón, al abrir los armarios... Soy un cobaya en una rueda móvil pedaleando para atarse a la vida, ella es la vida.

En el aparador de la entrada veo una agenda de teléfonos, llamo a mi hija.

-Julia, que no encuentro a tu madre, que mamá no está. No está Dios mío, pero... ¿dónde puede estar?... La casa está cerrada y ella no está...

Mi hija habla, no sé qué dice, no la entiendo, no entiendo nada. Quisiera volver a la cama y despertar de nuevo para que todo fuera como siempre. ¿Quién ha podido hacer una cosa así? Pero... ¿dónde estás cariño?... Emma, ¿dónde estás?

No solo es distinta la casa, también mi mujer está en otro sitio pero... ¿dónde la han puesto? Se me amontonan latidos y respiraciones: ¿Qué está pasando? ¿Qué es esto? ¿Por qué no me contesta Emma?... Caigo en el sofá y me agarro la cabeza, fuerte, para que no me vuele; late como un corazón, y el corazón late como el tic-tac malicioso de una cuenta atrás, y se me abre un dolor inmenso en la frente y en el pecho, en la espalda y en los brazos. Hay una presión desde dentro hacia fuera, hacia la piel, sobre toda la piel que me cubre de los dedos de las manos y de los pies, de los hombros y de la boca, de las venas que se marcan como cordilleras en mi cuello y de las arterias que me cabalgan.

No tengo miedo, si se me rompe el cuerpo ya no importa que Emma no esté, ya no habrá nada. Comienzo un llanto contenido, un lamento circular y monótono. Sobre el murmullo del dolor escucho una llave en la puerta de la calle y a Julia. “Ha llegado de Bilbao muy rápido”, pienso, “igual Emma viene con ella”... pero entra sola y vuelve la ausencia, la certeza de que Emma no está.

Julia me abraza y le cuento una y otra vez: “mamá no está, mamá no está...”, como un mantra. Me sujeta firme, me toma la cara y la veo llorar. Mueve los labios, pero no oigo nada, no la oigo, y yo rezo: “mamá no está, mamá no está...”. Y ella mueve los labios y me zarandea. ¿Por qué me zarandea? ¿Habré hecho yo algo a mamá?... Y callo y la escucho:

-Mamá ha muerto –dice-. Mamá ha muerto.

¿Cómo mi hija puede decir una cosa así!... La sangre se me agolpa en la cabeza, en el pecho, en los hombros, en la espalda, en los brazos... y duele algo muy adentro y también afuera encrespando la piel. Pero... ¿cómo?... ¿cómo va a estar muerta si yo no lo sabía?... ¿cómo va a estar muerta si yo no lo sé?

Ella no calla, me abraza y repite una y otra vez:

-Mamá está muerta, mamá murió, tú vives aquí, esta es tu casa... Mamá está muerta, mamá murió, tú vives aquí...

-Está muerta... ¿Muerta?... ¿Tu madre está muerta?

-Sí, papá, murió en esta casa hace seis meses, en mayo.

BAJO LA SIERRA

Teresa Isasi Gómez

La niebla se echa sobre el pueblo para que el pueblo no se vea. Se echa sobre la memoria y aprieta sus gotas para que la verdad no se delate. En cada casa vive una familia con un césped de niebla sobre el tejado, y en las noches claras una niña se encarama y, sentada entre tejas, saca la cuchara y prueba sorbetes de niebla. El sabor que predomina es el del misterio. “Las niñas”, le había dicho Juan, “son golosas”. Y Tomasa buscaba en la niebla los regalos del valle: prados, vacas y ovejas; los pinos, los robles y las hayas; el río repleto de vida, la risa, y su gente. Quería lo que la niebla oculta.

Transcurrió la infancia por caminos en los que se encontraba con hombres que, aunque llevaban su propia boina, tenían encima una nube de niebla, con mujeres de rostros nublados que andaban con delantal y con niños de niebla

trabajadora. Vivió jornadas completas buscando los rayos que perforan boinas, delantales y regalan juegos. En aquel tiempo comenzó a crecerle una sonrisa deslumbrante.

Hubo sucesos muy graves que merecieron su atención, como cuando el autobús se cayó al río y murieron todos menos el chofer que era de otro pueblo. Aprendió que a estos hechos se les llama tragedia y pensó que el conductor no estaba nublado y que eso le había salvado. Inquirió razones para averiguar sobre el asunto, pero Juan solo le contestó que razones no había. Más niebla. Y él le contó como pudo, como si se le olvidara la pregunta:

- Está dicho. Fuimos a la Casa Vieja; vivíamos con las tres hijas y el marido de tu tía Juana, que estaba casada con el Gordo. Luego, después del accidente, en el año 55, el 25 de enero, de esa fecha sí me acuerdo – dice mientras un poco de niebla se deshace en sus ojos -, vinimos aquí, a Latie. Había una hija menos y teníamos que vivir. El Gordo se quedó y compró barricas, así empezó lo más importante, el vino.

Y el anciano, eso es lo que es, un hombre de noventa años, lúcido y sin problemas de salud, mira a su hija sin entender por qué Tomasa siempre ha querido saberlo todo; se calla y le pide un café. Lo calienta en la cocina, y mientras lo cuele piensa que todavía no puede completar el puzzle. ¿Tendrán los puzzles una vida más larga que la niebla de su padre?

Latie... la casa... el bar... la tienda... gente de paso... la vida.

Cuando vuelve, coloca sobre la mesa corrida dos tazas, aparta el tapete con la baraja, los garbanzos y los iturris para dejar la botella. Dos vasitos y vuelven a la conversación. Tomasa, con la cucharita de café abrazada en la palma de la mano.

-¿Y antes del bar, cuando los rojos se retiraban por el puente de La Tota y cuando denunciaron lo del burro disfrazado de Obispo? ¿Y las trenzas que le cortaron a La Niña? ¿Dónde se guardó todo?...

-Volvemos a lo mismo. Pasar pasó; pero éramos pobres y vecinos. Lejos unos de otros, pero vecinos y, para tirar, toda la vida nos hemos echado una mano. Aquí no se ha sacado el tema. Conversación, lo que se dice conversación, no la he conocido más que contigo.

-Entonces... ¿es posible que las trenzas se tirasen a las zarzas y que ella no supiera bien por qué le había sucedido?

-Es posible casi todo. ¿Pero tú para qué le das vueltas?

Tomasa pone su cara de contestona

-Más que nada porque me da la gana, ¿le parece bien? - Y los dos se ríen.

Fuera, el bochorno exige que se recojan la hierba y la ropa. “Ahora vengo. Antes de que empiece a llover”. Luego se demora con las flores y llega el chaparrón. Corre hasta el portal con los brazos aplastados por las telas y, en

cuanto entra, descarga sobre el arcón. Desembarazada echa una ojeada a Juan, que se ha quedado dormido, y devuelve el pañuelo de cuadros al mahón eterno. Lo besa con atención y el sueño se endulza; cambia varias veces de posición hasta que descorre la pequeña cortina de la pequeña ventana que traga penumbras e ilumina a Juan. Solo un momento.

Vuelve a lo suyo. Busca el espejo lateral de la entrada y saluda su imagen como le enseñó desde la tele una mujer de otra niebla. Une las palmas e inclina la cabeza. El mundo es exótico. En el cristal ve cómo, cumplida la mili eterna de las colonias africanas, llega su sobrino a la Estación del Norte; ella ha llevado a su hija, es una ocasión especial porque los tres se quieren y hace tanto que no se ven... Le distinguen enseguida por alto y porque luce turbante. La niña le aprieta la mano, pasmada recibe la prenda extraordinaria y allí nota cómo, de golpe, le nacen amontonadas las ganas de ir a todas partes.

Capu les contó que en África las cosas del tiempo eran distintas, que primero fue el puto amo, pero que la niebla se le echó encima cuando metió la pata en negocios con la policía indígena y que pensó en quién le podría sacar y escribió al cura y que el cura lo sacó y volvió a ser el puto amo; pero que casi las pinga. Así de cerca - no hay distancia entre el índice y el pulgar- . Se llena un vaso. Le escuchan.

-¿Y si los tuvo, pudo el cura sacar a sus hijos de la niebla?

-Sí que se ha dicho, que era tremendo. Que siempre ha habido matos y que siempre ha habido hospicios. Pero lo que son las cosas, si don Luís no me saca del calabozo, no lo cuento. Son los tiempos.

Fueron los tiempos de la hija. De los nervios alegres que le salían cuando marchaban de la escuela, con la burra cargada de tazas, a celebrar la merienda de mayo. Aquella niña que creció, que hubo de marcharse y se marchó. Tomasa en la niebla más densa. ... Los ojos verdes. La primera en meter el gallo en la cesta para pedir de puerta en puerta lo que es de las carnestolendas. La hija que tiene que marcharse y lo hace...

El valle vacío y las entrañas fundidas en fuego hasta que brotó el quejido y se abrió la niebla en copos que se le metieron para desgarrarse en llanto. “En la sierra se ha echado el boyo por los siglos de los siglos...”, reza Tomasa. Pero, aunque siga siendo extraño, el mundo no se paró. Los niños de niebla trabajadora cogieron número en las fábricas, donde la niebla era compacta y oscura, y el cauce del río un estercolero. ¿Y las niñas? Su niña no estaba. Y por estar más cerca, empezó a no estar siempre. Comenzó a viajar de oídas, cada vez más lejos, hasta que se le hizo costumbre y fue tan fácil que un día le preguntaron:

-¿Dónde tienes la cabeza?

-En un lugar que no conozco pero que amo- contestó.

Era la primera vez que en Latie se oía algo así y las palabras le doblaron el tiempo de adentro.

-Llévame- le pidió alguien.

-No puedo. He quedado- Y se atrevió a seguir-: con la niña de ojos verdes o con la hija de mi madre. O hemos quedado las tres.

-Entonces pon otra ronda.

El vino llenó las bocas y los hombres hablaron como solían: poco y alto.

-Os dejó la botella.

Palabras y secretos. Huella de los hombres que se citaban, tres o cuatro cada vez, para bajar con el mecánico, que era el único que tenía coche, a Bilbao; volvían tres o cuatro días más tarde; mientras una cosecha de mujeres nubladas sentía como sentía, trabajaba y vivía... Y hubo más vasos y más botellas. Un día mentaron a Demonio, que siempre había sido así y que había pasado la raya. Seguía escondido. Se fue al monte para que no le echasen mano. Por delito menor. “¿Cómo puede ser? La niebla en su agujero, a este lo bajan muerto”. Mientras, le subieron de comer hasta que cumplió su tiempo.

Ella doma y bautiza los eslabones que se forman con el humo de la taberna. Gota a gota, se filtra el agua entre las piedras que se abren y el valle entero revienta húmedo. Indaga constante y descubre que faltan reflejos.

-Las mujeres no venían. Pero sí hubo una - había contado Juan-, la más espectacular, que fumaba en pipa y de vez en cuando se toreaba alguna copita.

-¿Cómo se llamaba?

-Josefa

-¿Y era más feliz que las otras?

-Pero hija, ¡qué pregunta!...

-También hubo otra, ¿se acuerda, padre? No se hablaba de ella. Tenía la costumbre de pasear por las noches.

-No. Pero, por lo que dices, rara ya era.

-Le sentaban bien los paseos. No la entendieron. ¿Se lo cuento?

-Otro día.

-Otro día.

Otras vidas.

Y otras.

Pasan y caen las noches. Las estanterías se vacían de mercaderías sin repuesto. Solo el vino, lo más importante, hasta el último trago. Sólo el agua.

Las habitaciones están en el piso de arriba de la casa sin puertas. Juan duerme tranquilo. Tomasa retira su colcha de lana y la niebla se despliega en el lecho. Toma un jirón y lo trenza; lo mece y lo suelta libre en la

ventana. A la luz de la luna media distingue la sierra, madre de todas las nieblas, y la reza. Antes de acostarse, se sienta, hunde sus manos en ella y lava su cuerpo corto, blanco y denso. Con cada movimiento un tropel de gotitas se dispara abriéndole hueco.

COMO CONSEGUIR NO ESCRIBIR NADA SIN MORIR EN EL INTENTO

Ana Lorente Maestre

Ante todo, para no escribir nada, es importante hacer que nos invada una cierta angustia vital ante la idea de sentarse a escribir. Para ello conviene recordar que el simple hecho de abrir el cuaderno o encender el ordenador puede hacer que la tierra se abra bajo nuestros pies y caigamos al vacío. Una vez aclarado este punto, vamos con las instrucciones:

1) Pongamos que tenemos un rato libre al llegar del trabajo a casa. Hoy no nos duele la cabeza y el salón está alegremente iluminado por el sol de invierno. Podría resultar tentador sentarse a la mesa y... no... mejor inventarse algún recado para salir a pasear en busca de... qué sé yo... un vaso medidor, por ejemplo, tal vez lo necesitemos un día.

2) Tenemos un rato libre antes de cenar. Debemos recorrer las habitaciones y buscar urgentemente ropa para guardar o un cajón para ordenar... Será válida para nuestro objetivo cualquier actividad que evite un momento de tranquilidad y apertura de cuaderno.

3) Pongamos que hemos decidido reservar una tarde para la escritura. Durante el día deberemos whatsappear a todos nuestros contactos (ex incluidas/os) e informar de que tenemos la tarde libre. Debemos evitar a toda costa, quedarnos solas/os en casa.

4) Tenemos una tarde lluviosa por delante. Se está a gusto en el salón, hace calorcito. Podría apetecer sentarse a escribir, pero... ¿qué tal si preparamos un pastel?... Hace tiempo que no lo hacemos y seguro que mañana en el trabajo nuestras/os compañeras/os agradecerán tener algo para acompañar el café matinal.

5) Empieza el fin de semana. Estamos animadas/os por la clase de Escritura Creativa del viernes y casi nos hemos olvidado del peligro... Nos levantamos con muchas ganas de sentarnos delante del ordenador y dejar fluir las ideas. Tenemos mil ideas, bueno, una o dos... pero no importa, nos sentimos inspirados, hemos perdido el miedo. Pero suena el teléfono, un amigo. Propone comer juntos, hace bueno y es una pena quedarse en casa. Razón no le falta, así que dejamos la escritura para otro momento, “tenemos tiempo”, nos decimos. Salimos a la calle e iremos encadenando comida con café, café con copa, copa con cena, cena con vinito, vinito con baile...

Sería recomendable repetir la operación el domingo.

6) Para evitar sentarnos a escribir, otra buena idea es aficionarnos a actividades como el bricolaje y la jardinería, el punto o el macramé que nos ocuparán cualquier ratito libre que tengamos y así podremos posponer la escritura para otro momento mejor.

7) Otra opción muy eficaz, en este caso con efecto de larga duración, es hacerse socia/o de algún club de fútbol. No nos quedará tiempo para otra cosa: dormir, trabajar y fútbol, el resto de actividades pueden descartarse.

8) Si vivimos en familia y no nos tientan ni el fútbol ni las actividades artesanales, debemos ser voluntarias/os siempre que haga falta alguien para algo. Hay que bajar la basura, no hay problema la bajamos nosotras/os. Hay que pasar la ITV del coche, con las colas que hay, nosotras/os encantadas/os. Hay que llevar a la abuela a misa y esperarla a la salida, hora y media ocupada, ahí vamos.

9) Pero la mejor idea para no escribir nada de nada, pero nada de verdad, es dejarlo para el último minuto. Tendremos el éxito garantizado. Nos gusta pensar que la presión de última hora nos inspirará y que escribiremos un relato ocurrente, con gracia y gancho... pero no, no nos engañemos..., a última hora no escribimos nada, y si escribimos, casi mejor disimular, hacer una bola con el papel y tirarlo al reciclado.

ESA INSPIRACION NECESARIA

Mercedes Menéndez Aguirre

Aquel día mi cuerpo y yo nos paseábamos por la orilla del mar tratando de encontrar un argumento para mi siguiente historia. Las olas golpeaban mis tobillos con su agua helada y a mi cabeza le llegaban sensaciones extrañas. Por una parte, el placer del pisar confortable sobre la arena blanda y, por otra, los escalofríos que comenzaban en los pies y terminaban en el lóbulo de la oreja izquierda donde me había colocado recientemente el sexto pendiente. Y así me llegó la inspiración y un personaje se adueñó de toda mi mente, y mis dedos sintieron la necesidad del teclado de mi ordenador para escribir un nuevo relato que leería el viernes a las contadoras de historias que nos pudiéramos reunir en AKIF.

Mientras viajaba en el autobús desde la playa a mi casa, todos los personajes empezaron a rodearme la cabeza como si fuera una corona y se mezclaron formando parejas, familias, cuadrillas e, incluso, pueblos enteros. Los edificios se construían con ladrillos de todos los colores y formas, tanto que me recordaban los puzzles que les gusta hacer a los niños al volver de la escuela. Al llegar a casa no me quité los zapatos ni la bufanda, solo pensaba en poner en marcha el portátil y contar todo lo que pululaba por mi imaginación. Me notaba nerviosa por no poder escribir más deprisa, porque tenía miedo de que mis personajes se me escaparan por los dedos de las manos sin poder recuperarlos a tiempo de meterlos en mi historia.

En un momento tenía en la pantalla un mosaico con padres, madres, hijos, abuelos, perros, gatos, rascacielos, caseríos, granjas de pollos, campos de trigo... pero no sabía qué hacer con todo aquello, y entonces... hice lo de siempre: pedir consejo, de mente a mente, al gran maestro. Me concentré y me concentré hasta que la figura entrañable del gran Gabo apareció a mi lado. Él acarició mi cabeza y con su suave sonrisa me infundió tranquilidad de espíritu y me guió entre los viñedos y los almendros, subí colinas solitarias y bajé a valles poblados, circulé por autopistas disfrutando de la velocidad y por carreteras sinuosas gozando del paisaje invernal, y cuando entré en la ciudad, mi camino me condujo hasta mi barrio, hasta mi calle, hasta mi edificio, hasta mi casa y comprendí mi necesidad de refugiarme en mi espacio, en la calidez de los míos, comprendí mi agotamiento.

Gabriel García Márquez, con su voz cálida, me recordó que no siempre estamos preparados para contar historias nuevas, que a veces hay que tomarse un descanso para que todas las ideas que llenan nuestra imaginación avancen, más o menos ordenadas, hacia las manos para escribirlas, hacia los ojos para

ver lo que escribimos, hacia la boca para ser capaces de leerlas, hacia el corazón para llenarlas de las palabras apropiadas que completarán las páginas de esos cuentos que alguien disfrutará en tardes de frío y lluvia, sentado en una butaca junto al ventanal o tumbado al sol en una playa de arena dorada, con el mar como música y paisaje de fondo. El maestro Gabo también me contó sus dificultades para interpretar los pulsos inquietos de su mente en días con conflicto, de las muchas hojas escritas que luego acabaron encendiendo la chimenea de su salón familiar, de la cantidad de veces que se quedó con la mente en blanco cuando quería ocupar con gente alegre las calles de Macondo, cuando quería alargar la vida de Santiago a pesar de la persecución a la que le sometían sus enemigos o cuando quería que de la boca de Florentino salieran las más bellas palabras de amor dirigidas al gran amor de su vida Fermina Daza.

Y con los consejos de este escritor increíble, mi estado de ánimo y el momento de mi vida tome una decisión: necesitaba darme la oportunidad de revisar las historias que guardaba en el ordenador, a algunas darles un lavado de cara, a otras quitarles cargas inútiles, a alguno de mis personajes darle más protagonismo y a algún otro borrarlo y callarlo para siempre, y para eso necesitaba un poco de tiempo.

Me he prometido que, pasados estos días, volveré con energía renovada a escribir nuevas historias que hagan sonreír y reír, soñar, viajar, emocionarse o, incluso, llorar un poco a las que cada viernes comparten conmigo el gran encuentro de las Contadoras de cuentos.

A RITMO DE ROCK EN LA VIEJA LOCOMOTORA

Valentxu Torrientes Arauzo

Juana está esperando a Fede. Han quedado en Indautxu, en el portal de la casa donde ella sirve, hoy 21 de Febrero a las diez de la noche. Ha tenido que salir de puntillas de la casa de los señores. Él, como siempre llega tarde. Ya son la diez y cuarto. La calle está desierta. Solo espera que sus señores no se despierten, solo espera que él llegue ya.

Juana vino hace dos meses del pueblo. Al bajarse del tren, en la Estación de Abando, se quedó con la boca abierta. Todo parecía tan grande, tan nuevo. Hasta el ruido era nuevo para ella.

Juana cruza los brazos sobre su pecho, el aire helado se cuele entre las rendijas de la lustrada puerta de madera. Los minutos se le están haciendo

eternos. Para dejar de temblar se pone a pensar en el *Consultorio de Elena Francis*, que su señora escucha todas las tardes. Recuerda, sobre todo, la historia de una pobre chica a la que su novio había dejado y pedía consejo para que volviera con ella.

Un ruido, él ha llegado, está golpeando la puerta. Juana abre como impulsada por un resorte y se abalanza sobre un joven de pelo largo. Fede la abraza con el ímpetu de sus veinte años. Se besan con el ardor de su juventud, pero sin aventurarse mucho. Tienen la sensación de que en cualquier momento aparecerán sus madres, aunque están a muchos kilómetros, o los señores que se han despertado al oír los latidos de unos corazones que no saben ni de normas sociales ni de inmoralidad. Fede le habla de que la va a llevar a bailar y la presentará a su grupo.

Piensen casarse en cuanto ahorren para tener su propia panadería. Federico es muy trabajador. Están hablando de sus planes de futuro, sus manos muy juntas. Él se llevará el olor de las *Escamas Lagarto* que Juana usa para lavar la ropa de los señores, lo hace a mano porque a la señora no le gustan esas lavadoras “estropearropas”. Ella se llevará una cinta con flores naranjas para el pelo, que Federico le ha comprado a un vendedor ambulante. Se despiden entre caricias silenciosas. Han quedado para el domingo. Ese día los señores se van de viaje y Juana tiene permiso para salir unas horas por la tarde.

Fede camina rápido por la calle iluminada por la luna. En el barco anclado que semeja La Alhóndiga se esconde del sereno que se acerca cabizbajo, con un *Ideales* en sus agrietados labios. Al joven casi se le escapa un grito, mira hacia el suelo, un extraño objeto casi le hace caer de bruces. Lo recoge, lo mira: una tela elástica de color verde con dos pinzas de colgar la ropa en su parte superior. Justo, seguro que se ha caído de un colgador. “Juana no necesita este armatoste”, piensa. Lo deja a la entrada del portal más cercano y se aleja riéndose.

Juana está ya en la cama, sueña con la canción que más se escucha en la radio estos días: “Luna de Miel” de Gloria Lasso.

JAQUE MATE

Charo Vázquez Alonso

Yo, hombre de recursos, no caminaba solo aquel día insólito de carnaval, pegadito a mí lo hacía un grupo ambiguo. Escuchaba sus chanzas de palabras borrachas y sus risotadas, no se dirigían a nadie en particular, sin embargo, me

sentí ofendido. Nervioso pisé la cola de demonio de Luís, mi compañero, y a la vez este, desequilibrado, tropezó con un capitán de cabañería sin caballo, que cayó hacia delante, clavando su puntiagudo sable en el culo de un variopinto vampiro rabioso que, con su grito perplejo, perdió los colmillos cayendo estos al suelo con los incisivos hacia arriba, que terminaron incrustándose en el pie de un fraile penitente descalzo, que a su vez, látigo en mano, azotó el lomo de un león salvaje, que salió en loca carrera tras un avestruz de largo cuello, que en su estampida picoteó a todas las mariquitas locas con brillantes joyas para que se apartasen de su camino, que con la prisa aplastaron las colas de los pavos reales que, ofendidos, sacaron sus uñas orgullosas y las dejaron marcadas en la cara de la bella Marilín que, en su apresurada huida, clavó sus agudos tacones de zapatos modelo salón en el pie con sandalia romana de un centurión que, lanza en mano, amenazó a Peter Pan con mandarle al País de Nunca Jamás y este, frustrado por no encontrar a Campanilla perdida entre la marabunta, se agarró a la trompa de un elefante, sordo ante tal barullo y cabreado porque alguien le pisaba una uña, y consiguió montarlo, lo que imitaron numerosos indios confundiéndolo con un búfalo, por lo que cayeron todos en tobogán cuando este, encolerizado, elevó sus patas delanteras, y los nombrados salvajes arrancaron en su caída las hermosas melenas de una comuna de hippies que, porro en mano, bailaba la danza del vientre con el más completo harén de particulares mujeres que, asustadas por tal amenaza, huyeron aplastando una caja de galletas *María* y otra de leche *Kaiku* que al derramarse atrajeron a un ejército de hormigas laboriosas, que hicieron desaparecer tales objetos privados. Por lo que acudió presto y servicial Sherlock Holmes y su querido amigo Watson, y puestos a cavilar y tirando y tirando del hilo encontraron a una araña gigante tejiendo y enredando suavemente una gran tela fina y pegajosa, en la que iban cayendo todo tipo de seres ambiguos para ella, e incomedibles, ya que no distinguía a ninguno de ellos porque llevaba unas grandes gafotas de madera para mitigar su miopía, recomendadas ese mismo día por un plagiado médico oculista que indudablemente no resolvió su problema.

Y allí estaba yo, camarero de imitación casera, bandeja en mano y botella de *Martini* para vacilar en el centro del mogollón, cuando volví a escuchar las risas ya conocidas y el comentario sarcástico del mismo grupo, ahora ineludible:

-¡Pásanos un marianito blanco antes de que esta cosa nos convierta en capullos como tú!

LUCES DE NEÓN

M^a Ángeles Villanueva Moreno

Bilbao, 25 de Noviembre de 2013

Muy querida mía:

Llevo quince días o más que voy a desayunar y te veo, voy a pasear y te veo, voy a dormir y te veo. Te veo no sé si dentro o fuera de mi cerebro, pero te veo, con luces de neón y sonido de fondo de rock and roll. Y así no puedo seguir, por eso he decidido escribirte. Veo nuestra fecha: 21 de Febrero de 1.959. ¿Recuerdas?... Ese es el día exacto en que nos hicimos novios. Yo lo recuerdo como si fuese hoy. Plaza de Indautxu. Tú sentada en un banco bajándote recatadamente, más tarde me lo dijiste, una faja pantalón que te apretaba. Yo, con traje y corbata; tú con falda tubo, chaqueta sastre y una cinta con flores menudas color naranja sujetándote esa hermosa melena larga. Hacia más de un año que cada tarde de domingo nos veíamos en la plaza, paseando: tú con tus amigas y yo con los míos. Al principio tan solo tenues miradas y leves sonrisas, al de meses saludándonos y, al final, sentados, hablando y hablado. Tú me contabas que vivías en Ercilla, que ibas a las Teresianas, que estabas estudiando para entrar en un Banco, mejor si pudieras en una Caja, que eras hija sola. Yo te decía que iba a Jesuitas, que pronto empezaría Ingeniería y que vivía en Deusto. Y el 21 de Febrero de 1.959 te pregunté a ver si querías ser mi novia y, agarrándome la mano, me dijiste que sí. Tú tenías dieciséis, yo dieciocho, y el mundo se iluminó. Para festejarlo ese día fuimos al Ízaro, donde entramos gratis porque el pica-pica me conocía y vimos: *¿Dónde vas Alfonso XII?*. Tú lloraste y yo te sequé las lágrimas.

A partir de esa fecha salíamos todos los domingos, eso sí, solo los domingos, y éramos felices. Paseábamos y paseábamos, qué buenos mis zapatos *Gorila*, por Indautxu, Ercilla, Gran Vía y vuelta a la Plaza de Indautxu a comer pipas. Mi paga daba para poco y alguna vez, como la tuya era mejor, me invitabas al cine: al Olimpia, al Trueba y, si mi vecino trabajaba, íbamos al Izaro. *Los pájaros, Jules et Jim, Divorcio a la italiana...* A ti te gustaban las de amor y a mí las de miedo. Viendo *Psicosis* pasaste tanto terror que me abrazaste y yo te di mi primer beso.

No nos daba tiempo para hablar mucho ya que entre pasear, ver escaparates, mirarnos e ir al cine enseguida nos daban las diez, hora en que tú debías estar irremediabilmente en casa. Un día recuerdo que me invitaste a un chocolate, creo que era *Chobil*, en el Salón Café Buenos Aires, y nos comimos

nada menos que un pastel de arroz, un ruso y una carolina. Yo te manché la nariz y de un beso rápido te la limpié. Otras veces traías de casa un paquete de galletas *Chiquilín de Artiach*, y entonces, sin pagar el autobús, nos íbamos hasta el Arenal, donde nos las comíamos a la sombra del quiosco. Nos encantaba en verano ir al parque de Doña Casilda donde veíamos los patos y, bajo sus árboles, intentábamos meternos mano. Por desgracia, poco, muy poco. Luego visitábamos a la musa Melpomene, la vestida claro, porque la desnuda nos la quito Franco.

Como ves me están saliendo frases pareadas, pero es que tú sabes que yo si algo hubiera podido ser hubiera sido poeta. Gabriel Celaya, Goytisolo... pero sobre todo Blas de Otero: ¿te acuerdas?...

Las tres y cinco de la madrugada.
Puertas, puertas y más puertas. Y más puertas.
Junto al Nervión un hombre está meando.
Pasan dos guardias con sus bicicletas.

Nadie como él para describir ese Bilbao, ese Botxo oscuro y opresivo de esos años, nuestros años. Pero nuestros años y nuestro noviazgo se rompió el 23 de Marzo del 61, día de mi cumpleaños. Ese día, con mis veinte recién estrenados y mi dinero duramente ahorrado, decidí festejarlo contigo por todo lo alto. Te llevé a comer en el Funi a Archanda, al Chacolí y luego nos fuimos a bailar al Pumaniesca. Actuaba el Dúo Dinámico, jóvenes, muy jóvenes, como nosotros. Antes habían salido a saludar al balcón del Hotel Carton, donde se hospedaban, ya que las chicas, tú incluida, se morían por ellos y por su *Oh Carol*. No eran Chuck Berry pero.... En el Puma nada de pedir una cerveza *Oro* y una gaseosa de *Iturrigorri*. Yo, un sol y sombra y tú, una vaca verde. Yo me fumé un *Ideal* de mi padre y tú, tu primer *Chester*. Saltamos, gritamos y bailamos, el mundo nos sonreía y por eso, a la salida y mareado, antes de dejarte en casa, decidí contarte la verdad. Que trabajaba en Echebarria y vivía en Otxarkoaga, que ni Jesuitas ni Deusto ni tan siquiera de Bilbao, de un pueblo de Extremadura, mi padre ferroviario y mi madre limpiadora por horas... Aún la huelo a jabón Chimbo.

No te volví a ver y mira que lo intenté. Nuestras vidas se separaron para siempre. Alguien me dijo que, al fin, te habías casado con un ingeniero de Deusto, yo lo hice con una auxiliar de enfermería de Burgos. Fui feliz, espero que tú también. Pero ahora, después de cincuenta y cinco años, durante todo el día se me aparece nuestra fecha: el 21 de Febrero de 1.959.

Por eso mi nieto Amets me está escribiendo esta carta. Yo no puedo porque me tiemblan las manos. Mientras escribe, no hace más que repetir

“alucinante” y “esto mola mogollón”, y yo solo digo que todo esto es muy raro por yo, que no recuerdo ni dónde vivo ni cómo se llaman mis hijos, ni tan siquiera cómo va el Athletic, resulta que de repente me acuerdo perfectamente de todo lo que pasó en esos dos años que duró nuestra relación. Mi nieto dice que debe ser una transgresión virtual temporal de espacio y que tal vez no se me vaya hasta que te encuentre. Yo pienso que tal vez sea solo que el primer amor no se olvida jamás.

Tengo otro problema, que no se dónde vives, así que Amets se ha ofrecido para ir con la carta a la Plaza de Indautxu a ver si ve en un banco a la chica tan guapa que yo le he explicado que eres. Tal vez estés esperando loca de amor a aquel primer amor que un día dejaste... como Penélope, sentada sola en un banco de Indautxu a imagen de aquella otra loca de Arrikibar.

Tuyo siempre,

Carlos

ZORIONE

Carmen Camarero Torre

¡Qué mujer más marchosa! Era la alegría del barrio y siempre estaba de buen humor. Cuando salía a la calle hasta los árboles se animaban y movían sus ramas como si quisieran jalearse el salero con que nos honraba. Y es que Zorione parecía empeñada en hacer honor a su nombre. Y no es que fuera una mujer despreocupada e irresponsable, como podría parecer a quien no la conociera, sino más bien todo lo contrario: era una persona solidaria, con una gran empatía y muy, muy optimista. Las personas mayores del barrio la habían apodado Cascabel. Con eso ya está todo dicho.

De la noche a la mañana dejó de vérsela por el barrio, así, de repente. Unos decían que igual se habría tomado unas vacaciones o que se habría ido a visitar a algún familiar o alguna amistad, pero sin decir nada a nadie.... Nos parecía un poco extraño. Fueron pasando los días y ni rastro de Zorione. Parecía que se la hubiera tragado la tierra. El barrio se tornó más triste, se la echaba mucho en falta y empezaron a proliferar hipótesis y especulaciones sobre su paradero.

La más verosímil fue que se había hecho un tatuaje en el omóplato derecho: un sol radiante sonriente de color amarillo vivo. Dicen que se le infectó y tuvo que llevarlo tapado un tiempo. Parece ser que a su sol los días nublados no le hacían mucha gracia y se le encogía la boca adquiriendo una

expresión como de enfado; pronosticaba la lluvia cerrando los ojos y exudando unas gotitas, una especie de lágrimas y, lo que es peor, a Zorione le hacía daño, mucho daño, parecía que extendiera sus rayos por dentro de la piel y los clavara hacia dentro como si fueran raíces horadando la tierra. Según se cree le diagnosticaron tatesclerosis reumatoide, una enfermedad degenerativa totalmente incompatible con la humedad ambiental. El hecho es que dicen que Zorione se vio obligada a marchar a un lugar soleado, y que parece ser que eligió la isla de Lanzarote donde aprendió a sacar partido de su caprichoso y convaleciente sol.

Hace unos meses un grupo del barrio, que fue de vacaciones a Lanzarote, se topó en la playa con una joven totalmente cubierta por un gran sol amarillo y sonriente que jugueteaba con sus rayos sobre su cuerpo, haciéndole contorsionarse en una maravillosa danza al ritmo de un violín que tocaba otra joven que había a su lado.

A juzgar por el contenido de la funda del violín, que estaba abierta en el suelo, no parece que les fuera nada mal.

DE PATATAS Y PUCHEROS

Nilda Diarte Aguilera

Analía había crecido a golpe de desafíos. A veces se le ocurría que a fuerza de probar si podía, algo pudo; también cree que pudo poco. Terminó la Secundaria gracias al estímulo que recibía de sus padres cada vez que los oía detrás de la puerta diciendo que no daban tres céntimos por ello. Luego se apuntó a varios cursos que no concluía, fantaseaba con ir a la universidad aunque jamás logró decidir una carrera a la que apuntarse.

Aquel día empezaba un trabajo que su madre mencionó al pasar, ya que su amiga Marcela le contó que buscaban una cocinera en una empresa.

-Puedes ir tú -dijo mientras reía divertida.

-¿Y dónde es? -preguntó Analía ya con un tono que insinuaba coger un guante imaginario.

-En Valentín Alsina -dijo la madre.

Y dejó lo que estaba haciendo para observar a su hija que empezó a recoger las hojas del nuevo, mejorado y aumentado, curriculum con cuyas copias pensaba empapelar la ciudad el siguiente lunes. Las guardó en una carpeta diciendo:

-¿Con quién hay que hablar?

Nadie mencionó que Analía no sabía cocinar. Todos creían que no le gustaba, la fama de mala cocinera se basaba en accidentes culinarios sistemáticos como no esperar a que se cocinen o se quemen los alimentos, olvidar ingredientes infaltables, incluso el que daba nombre al plato como le pasó con el pollo al jengibre sin jengibre... -“¿qué cuernos era un jengibre y a quién podría gustarle?”-, además de quemarse los antebrazos con la tapa del horno, quemarse con el aceite y cortarse hasta con el pela patatas... Ni su madre ni los demás tomaron en serio la insinuación de presentarse a ese trabajo. Pero Analía fue al mercado a comprar ingredientes para ensayar platos que le parecían difíciles con los cuales impresionar o por lo menos disimular su impericia en el asunto. Cuando su madre vio la llamarada que produjo la salsa de tomate le dijo con mucha delicadeza que si tenía paciencia ya saldría otro trabajo en administración, que se arreglarían...

Se presentó esa mañana con una sonrisa dibujada en la cara; le dolían las mandíbulas pero insistía, creía que si dejaba de hacerlo se darían cuenta de su estado de pánico. Le mostraron la cocina y lo primero que hizo fue abrir la nevera para ver qué había y si a ella se le ocurría algún plato con ello. Casi metió su cuerpo dentro para que no la vieran llorar, parecía que estuviera rezando, pero lo que decía era: “Esto es diferente, esto es la vida real y no tengo la más puta idea de qué cocinar para esta gente”. Entonces sintió que le estaba molestando el frío de la nevera, se calmó y respiró. Se dijo que haría lo que mejor sabía hacer, y además era un plato popular, ¿a quién no le gustaban las milanesas con puré?... Menos a los vegetarianos, le gustaba a todo el mundo y si la despedían al final de la tarde sería un alivio. Respiró profundamente una vez más, sacó lo que necesitaba de la nevera y empezó organizar los ingredientes para ver si había los fundamentales. Buscando una cosa encontraba otra, y así fue reuniendo todo lo que hacía falta. Lo que más le costó encontrar fue el ajo, y no podía ser que no hubiera ajo, que la sal y el ajo no pueden faltar en ninguna cocina, a menos claro que en ese sitio hubieran pasado mucho tiempo sin cocinera. Quería darse prisa porque si salía todo mal tendría que comprar pizzas para doce personas.

Lo primero el ajo con los huevos para macerar los filetes, no olvidar el orégano... “¡Pero si tenemos perejil...!” exclamó con una alegría que le sorprendió a ella misma. Eran hojitas deshidratadas, pero servirían. Recuerda que en su casa se pelaba esa cantidad de patatas solo en fiestas de Navidad y cuando venían los tíos y los primos de Monte Grande; para la ensaladilla, de eso hace años, las patatas eran viejas, con brotes en casi todas, y eso le atrasaba un poco. Estaba ansiosa por ver si le alcanzarían, recordaba frases, recomendaciones culinarias, siempre hay que tener cuidado con esto y con lo otro, serían de su madre seguramente, no sabía.

En su vida jamás se hubiera atrevido a cortar filetes ella misma. La pieza de carne que había se lo impuso, si ponía mucho cuidado tal vez no se cortaría un dedo, ni un corte en su mano. “Bien, es por ahí...”, se decía dándose ánimos. Para disimular las irregularidades encontró un buen trozo de queso que se fundió al meterlo al horno. “Por supuesto, el orégano...”, dijo susurrando e imitando el gesto de su madre. Casi se puso a llorar nuevamente cuando observó las bandejas plateadas completas, una de suflé de patatas y la otra con “¡Milanesas a la suiza!”, anunció cuando le preguntaron qué había de comer. Recordó que en una revista para taradas se mencionaba que cualquier cosa con queso fundido es “a la suiza”, de paso se prometió abandonar sus prejuicios con respecto al conocimiento, de cualquier sitio se obtiene información útil.

No la despidieron esa tarde, no la despidieron, aprendió a cocinar en una escuela y ensayaba todos los platos en ese trabajo. Nunca repetía y la gente estaba encantada con una cocinera tan creativa. Cuando se despidió de la gente agradeció que la hubieran aceptado sin experiencia, agradeció que le ofrecieran un aumento de sueldo y tal vez una ayudante por algunas horas. Lo cierto es que había decidido asumir un nuevo desafío, no ya para demostrar nada a nadie. En medio de un susto había descubierto su vocación: con una amiga pondría una tienda de comidas preparadas. Estaban pensando en el nombre del chiringuito.

ZAS

Maribel García Rodríguez

ZAS... Es mi sonido preferido. Tengo varios que me gustan, pero mi preferido es ZAS. Me acuerdo desde cuando lo es porque sé que era muy pequeño cuando ya me gustaba.

Desde muy niños mi madre nos cantaba canciones para dormir, y a cada uno distinta.... A mi hermana la de Pin y Pon y a mi hermano ya no me acuerdo, pero sí de la mía, que era la de *Duerme duerme negrito*. Recuerdo que cuando me la cantaba mi madre yo la sabía de memoria y cuando ella llegaba a “...y si el nene no se duerme...” yo ya estaba encogido esperando el ZAS, casi temblando de la emoción y ella seguía cantando “...viene el diablo blanco y ZAS...” , y yo ya totalmente encogido esperaba las cosquillas que en la tripa me hacía ella. Y sé que desde entonces me gusta el ZAS.

Y yo he ampliado su utilización pues además de conseguirme de pequeño cosquillas de mi madre, luego siempre que la cantaba o la recordaba volvía a

sentir aquellas cosquillas... y muchas veces si me encuentro en un “perifostrio” me digo por lo bajo ZAS y siento como que se me hace mucha magia... porque se me deshace ese “nudo-lío” de las tripas.... Y también utilizo el ZAS cuando tengo los mareos de mirar al mundo, pero en estas ocasiones tengo que estar muy rápido para que sea antes la magia que el vértigo para que este no sea grande que si se me hace muy grande.... ya no noto la magia del ZAS.

También lo uso cuando estoy aburrido... pues enseguida de decirlo me llegan muchas ideas buenas para hacer...; y también me hace magia cuando estoy delante de mucha gente que me mira... y es que es muy parecido a cuando me encuentro en un “perifostrio”..., pero distinto porque me veo que me hago invisible... Y es porque la magia de mi sonido preferido siempre me funciona.

También me gustan otros sonidos. El *TRANS* es mi segundo sonido preferido y con él puedo moverme rápido como en los sueños, pero despierto... Cuando lo digo y arrastro la ese del final cierro los ojos y viajo a otros sitios de muy lejos, veo y hablo a animales de muy diferentes aspectos... y huelo olores en colores y.... Pero mi preferido sigue siendo ZAS.

UN CICLO

Begoña Gómez Saiz

Salimos a las ocho de la mañana, aún de noche. A pesar de haber entrado en el otoño, la temperatura es de verano y la luz de invierno: dos meses de retraso en el clima. No siempre estuvieron las estaciones cambiadas. Sería muy simple ahora echar la culpa al calor o al frío fuera de temporada, pero no, no ha tenido que ver con la temperatura aunque sí con la luz. Al fin y al cabo todo tiene que ver con la luz, con la ausencia y la presencia...

Somos en total trece, un grupo pequeño: nuestros amigos íntimos, sus padres, sus dos hermanos y cuñadas, y las dos gemelas que solo tienen cuatro años, pero que a él le hubiera gustado que estuvieran aquí. Hace un año nuestro grupo hubiera sido diferente: amigos que se van, amigos que se pierden... La casualidad ha dispuesto una nueva cuñada y tres amigos menos. Yo, en este momento, sigo siendo su pareja. Llevamos tres meses esperando este día. Por una u otra razón, hasta hoy no ha sido posible reunirnos. Primero fue la angina de pecho de su ama, luego el accidente del hermano mayor, y hace un mes, cuando ya habíamos quedado, mi amenaza de aborto.

Desde que él falleció he intentado serenarme, reconducir el dolor a un dolor manso, a un dolor sin rabia que permitiera crecer en paz al hijo que contengo. ¿Cómo supiste que debías venir a acompañarme?

Tras cuarenta minutos de silencio llegamos al alto de Urkiola. El lugar está lleno de gente que ha venido a pasar el día. Las hayas deberían estar rojas y doradas, como los últimos cinco años lo estaban, pero están verdes. Este otoño es distinto porque aún parece primavera, y porque él no está. Sus padres depositan la urna en mis manos, me emociono. Abro la tapa y en silencio lanzo las cenizas. La gente nos mira, pero no importa, solo importa el cosquilleo en la nariz del polvo fino. Un globo aerostático azul con grandes letras amarillas de una compañía telefónica surge entre las montañas frente a nosotros, es magnífico. Todas las miradas y los dedos le apuntan; ahora solo está él, él lo ocupa todo. Una de las gemelas salta y grita excitada, la otra, sin hacer caso de la aparición, se concentra capturando ceniza y guardándola en los bolsillos, mi cuñada le da un sopapo que la tira al suelo y se queda ahí, llorando, recogida en su propio abrazo; ninguno la consolamos. El padre, con la vista baja, parece no enterarse de nada; la madre, calmada, o más bien enajenada, se persigna en un movimiento circular infinito; Ana se frota los churretes negros del lápiz de ojos; el hermano pequeño enciende nervioso un cigarro y su mujer le recrimina bajito y exige que lo apague “inmediatamente”; Iker, su amigo del alma, no para de sacar fotos con el móvil, su novia me mira preocupada. “Esto no es serio”, pienso, pero no siento nada. Nada.

Visualizo mi mente como un huevo huero y presiento ese mismo vacío en el útero. El viento templado, el azul, los gritos alegres de la gente, nuestro lamentable espectáculo, las perennes hojas verdes de los árboles y... nada más. “Todo está bien”, me digo y aterrizo en esta realidad barata. Al fin y al cabo... ¿le quería tanto?...

LA NAVE DE LOS SUEÑOS

Ana Lorente Maestre

“La ropa es para el verano”, exclamo cuando veo a mi hijo salir de casa vestido con la camiseta de portero y una sudadera de su adorado Athletic en una tórrida tarde de agosto. Esta frase, que espontáneamente ha brotado de mis labios, me sorprende y me hace recordar mi niñez y, necesariamente, el recuerdo de la persona más querida y próxima en mi infancia y adolescencia:

mi abuela Encarna a la que tantas veces oí repetir la frase con la que hoy he saludado a mi hijo.

Siempre la veo mayor, viejecita, aunque su almanaque en aquel tiempo no alcanzaba los setenta noviembres. Su cabeza era de nieve atravesada por olas que enmarcaban su bello rostro y descendían para acabar en un moño sujeto con dos bonitas peinetas de carey. Recuerdo cómo, cada fin de semana, esperaba nuestra llegada agazapada detrás del mirador del salón y cómo, antes de que mi padre hubiera parado el motor del coche, aparecía en el porche extendiendo sus alas para abrazarnos, acariciarnos con sus moteadas palomas y depositar algodones de azúcar en nuestras mejillas. Aquellos instantes eran la antesala de una fiesta llena de momentos felices que giraban alrededor de nuestra valedora, nuestra cómplice y nuestro refugio ante los mayores.

De apariencia frágil, pero fuerte como una tempestad en medio del océano, quizás porque vivió su tempestad personal y conoció el envite de las olas, un día y sin previo anuncio se encontró perdida y sola pilotando la nave de sus sueños que, sin rumbo, zozobraba porque su capitán partió hacia el más allá, hacia lo desconocido. Ella lloró la ausencia, afrontó el momento, cubrió su cuerpo con una coraza, simuló ahogar la pena, secó sus lágrimas, convirtió el recuerdo de su amante en el faro que le iluminaba y, poco a poco, desafiando las inclemencias, amenazas y provocaciones que la vida le iba presentando, llegó a buen puerto. Facilitó a sus hijos herramientas para diseñar y confeccionar el futuro, apartó el velo de tristeza que empañaban sus ojos, vistió sus lóbulos, desnudos desde que conociera el vacío que deja la ausencia, con pendientes nuevos, regalo de sus hijos, y apostó por seguir viviendo con la felicidad que proporciona el deber cumplido.

Sin olvidar al ausente disfrutó con los que le quedaban. Su camino fue largo y pleno. Lo anduvo sin prisa y sin descanso. Gobernó con maestría. El tacto fue su amparo. Sembró cariño y repartió dádivas sin emitir factura y, en este tiempo de vuelta y armonía, tuvo la suerte de que nació mi hermano y yo, de conocernos y tener los mejores testigos de sus batallas sobre la guerra. También fuimos su disculpa para seguir viviendo y sus retos se sucedieron en el tiempo. Deseaba ver nuestro primer día de clase, celebrar nuestra Primera Comuni3n, celebrar el final de nuestros estudios. Vivía cuando aprobé oposiciones y comencé a trabajar, pero no pudo celebrarlo. La noche se había instalado en su memoria y al poco tiempo la descarnada le eligió como compañera, nos la arrebató.

En mi tiempo su recuerdo se repite y me reta porque es mi ejemplo, mi modelo, el espejo en el que quiero mirarme. Siempre rodea mi vida.

RONDA CON CASCABEL

Mercedes Menéndez Aguirre

Y me marché por la ventana de la cocina persiguiendo aquellos ojos verdes, picaros, de gato que ha vivido libre. Nos conocimos a través de los barrotos del balcón en un día de esos en los que gusta disfrutar del sol tras muchas jornadas de lluvia y frío. Después de pasar la noche calentita en la cama que me preparó mi dueña, con trozos de tela suave y limpia, después de un buen aseo en todos los sentidos, creí oportuno atravesar la gatera y disfrutar del sol que calentaba un rincón entre unas jardineras de geranios rojos y blancos. Y allí me encontró el gato de mis sueños románticos, rascándome la pata izquierda en la que se había refugiado una pulga molestísima y a la que quería espantar o algo peor. Me maulló suavemente y me miró directamente a mis ojos cándidos de gata doméstica. Me conquistó. Enseguida quise que me contara todo sobre él, hasta quise saber sus orígenes, pero él era muy misterioso. Me explicó que lo importante era vivir el momento, la verdadera conexión entre macho y hembra, que la raza no haría que fuéramos más afines. En ese primer encuentro no pasamos de maullidos de coqueteo... pero me prometió volver. Durante unos días me sentí inquieta, incluso mi dueña lo notó y me llevó en un cestita a un lugar donde me encontré con diferentes animales, y pude conversar con un gato persa y una gata siamesa e intercambiar alguna experiencia. Fue muy importante lo que me contaron porque yo era muy joven e inexperta y no sabía casi nada de relaciones más allá de las caricias de mi dueña. No sé muy bien qué me hicieron en aquel lugar, pero se me pasó el nerviosismo y pude continuar con mi vida tranquila. Hasta que otro día en el que me encontraba disfrutando del sol a través del cristal de la ventana, vi pasar al objeto de mis inquietudes y comprobé que su aparición no era casual porque cruzamos una mirada que me hizo temblar hasta la punta de mis finas orejas. No necesité nada más para decidirme a seguirle hasta donde me quisiera llevar.

He buscado por todos los rincones a Misina y no la he encontrado. ¡Solo me faltaba! Y yo creí que la trataba con mimo y cariño... pero se ve que tenía ganas de aventura. Al entrar en casa me he dado cuenta de que algo raro pasaba porque una ráfaga de aire ha cerrado de golpe la puerta. Hasta me he asustado. He comprobado que la ventana de la cocina estaba abierta y en el alfeizar he encontrado unas huellas, bastantes huellas de pezuñas de gato que continuaban en la repisa del balcón, unas con barro, otras con harina. Las de harinas son las de Misina porque no he tenido tiempo de recoger los restos de la preparación de la masa del pan y ella había pasado por encima pero... ¿de

quién son las otras? Me temo lo peor. El otro día la tuve que llevar al veterinario porque no paraba un momento y hasta me había arañado la tripa, justo donde me han hecho el tatuaje. Me dijeron en la consulta que estaba pasando el primer celo y me dieron unas gotas de no sé qué, pero obraron el milagro de sosegarla para esa misma noche. Y ahora... ¿qué le ha pasado? ¡La quiero en casa de nuevo! Echo de menos su peso sobre mi falda cuando estoy sentada en la butaca frente a la ventana, leyendo mi novela favorita. Echo de menos su caminar elegante. Echo de menos su compañía.

Pero aquel gato libre y astuto no era lo que yo pensaba. Me hizo acompañarle a un lugar oscuro y lleno de suciedad y basura. Cuando le pregunté dónde tenía sus cuencos de agua y comida me lanzó una mirada burlona que me heló el corazón. Me aseguró que en su mundo de gato callejero no existían los cuencos ni la comida preparada, que cada uno se buscaba sus alimentos entre los restos y saciaba la sed con el agua de los charcos. También descubrí con angustia que no era la única a la que maullaba y hasta me llevé un zarpazo de una de mis rivales. ¡Qué tristeza! Y ahora... ¿qué podía hacer? Mi instinto me dijo que mi mejor opción era volver a mi casa caliente y segura, pero también que con aquel gato audaz y picaflor podía llevar una existencia llena de aventuras. ¿Seguridad o libertad?... ¿Qué prefería?

Y este tatuaje me recuerda que no hay que fiarse de las apariencias. Benito conquistó mi corazón y mi mente con todo un abanico de promesas sobre el amor libre, sin ataduras legales ni intelectuales. Cada uno en lo suyo y nos encontraríamos cuando cada uno necesitara al otro. El problema es que yo lo necesitaba o lo quería a mi lado a todas horas, en todos los momentos. Y él me reveló lo que llamaba sus “marcas de vida” dibujadas con tatuajes en su cuerpo. ¿Y yo?... ¿qué sería para él? ¿Cuál sería mi espacio?... Hasta que un día me preguntó si haría algo especial por él y yo le contesté, sin pensarlo siquiera, que por supuesto que sí. ¡Error! Hay que saber siempre en lo que una se mete. A la tarde siguiente me llevó al estudio de un tatuador. Había elegido hasta el dibujo, una flor roja sangre con unas hojas verdes brillantes y un tallo parduzco y las letras B por su nombre y A por el mío extrañamente pegadas. La flor salía directamente de mi ombligo hacia arriba y el tallo con las hojas hacia abajo. ¡Cómo dolía! Y él fumándose un canuto y diciendo que era una niña pija y quejica. Salimos de aquel lugar discutiendo por su comportamiento poco delicado y por mi falta de madurez. Duramos un par de semanas más. El se quedó con mi cámara de fotos digital y yo con este maldito tatuaje. He consultado con un cirujano plástico y un dermatólogo por si hay posibilidades de hacerlo desaparecer, desgraciadamente me han dado pocas esperanzas.

Busco, olfateo, observo a mi alrededor tratando de encontrar pistas para regresar al lugar de donde me escapé. Camino por un jardín que me recuerda la

vista que tenía desde mi asiento soleado y cálido detrás de la ventana. Miro hacia arriba y descubro a mi protectora apoyada en la barandilla de la ventana y muevo la cabeza tratando de que se dé cuenta de que yo estoy aquí y que la necesito. Maúllo suavemente al principio y luego un poco más fuerte y nuestros ojos se encuentran... ¿me habrá reconocido?

Contemplo desde el balcón las flores nuevas de primavera, que han plantado los jardineros en el parque. No sé si podré aguantar sin destrozarlas todas alguna noche de estas. Descubro entre las plantas un gato paseando y oigo un sonido familiar, un cascabel. El gato se ha parado, mira hacia arriba y maúlla suavemente. Me fijo mejor y olvido las plantas del jardín, el tatuaje y mi tristeza. ¡Acabo de recuperar a Misina!

TATUAJE

Valentxu Torrientes Arauzo

Hace mucho que sabemos cómo llegamos aquí: nos durmieron, nos embarcaron en una nave y un fallo en los controles de navegación provocó un aterrizaje de emergencia en este planeta. Lo hemos llamado Risa, la alegría contagiosa de Felisia tiene la culpa.

Estoy dentro del grupo de los trastornados. Yo no lo sabía, ha sido la amabilidad natural de Honorio quien me lo ha dicho. Somos cien personas en nuestro mundo. Casualmente un número redondo. A mí me tiene un poco harto lo de pertenecer a un grupo. Pensar esto me produce urticaria en el pecho: me he tatuado yo mismo una mariposa en esa parte de mi cuerpo. Son rojo sarpullido los lunares de sus alas, amarillo su cuerpo y verde la redondez de su contorno. Nueve por once son noventa y nueve y yo cien. La mariposa es la ciento una. La miro asimétrica. Me duermo, me duermo así, su imagen aleteando en mi mirada.

Él cada día me mira más. Él me ha traído desde su parte solitaria, he llegado a sus manos sin temblar, impresa, troquelada en su cuerpo por su natural curiosidad. Quiero entender por qué ha tatuado más círculos en un ala que en otra. Comprender el trazo firme del lado derecho de mi cuerpo comparado con el trazo desperdigado de mi lado izquierdo. Es muy denso responder. Me doy cuenta de que me estoy desplazando de su brazo peludo, me llevo dos de sus vellos que el aire me arrebató, los dejo ir. Me envuelvo en el estrecho brazo de otro ser humano. Percibo un temblor, lo reconozco como la

suave brisa que precede a la tormenta. Me muevo a voluntad hacia el pecho, hay un calor frío que me pesa en las alas.

Sé que no soy libre, mi creador ha dejado la impronta de sus manos en mis alas. Su curiosidad es la que me obliga a desplazarme por todo el grupo, está ávido de conocimiento, quiere entender por qué justo están aquí y no en otro lugar. Invado la cabeza física de otro ser humano, este me siente, me sopla su nombre el viento, se llama Arnos, su natural intuición conoce la respuesta: seguimos en el planeta Tierra. El viento le da las gracias envolviendo su cuerpo en una caricia de instante eterno. La intuición de Arnos me inspira.

Voy a demorar mi vuelta al cuerpo de mi creador dejando tiempo para que su curiosidad le obligue a tatuarse otra crisálida.

LAS LÁMINAS DEL MILHOJAS

Charo Vázquez Alonso

Aquella farola se desdibujaba en una amorfa figura clandestina y matinal. La niebla me arropaba sin curiosidad, paré allí, miré hacia abajo y el llevar del agua me calmó. Las seis de la mañana enfriaban la piel de mi cara. No pude dar un paso más. Mi sombra levemente iluminada se balanceaba adelante y atrás, acompañada de la tela de mi falda de cuadros gris y negra que envolvía mis frías piernas. Mi pelo, ya húmedo, se cobijaba debajo del pañuelo de domingo. La piedra bajo mis pies estaba a gusto con lo que le aportaba mi peso estático. Al otro lado del puente quedó todo. Miré y la mañana quiso aportar claridad. Entonces me sentí vieja en un hueco en el que no encontré la primera lámina que puse para taparlo.

El día 17 de enero de 1900, cuando nací, mi madre no tuvo fuerza para cruzar el puente de San Antón, y llegar a la Iglesia donde esperaba que la acogiesen, me tuvo allí mismo. A nadie atrajeron sus gritos y bien podría haberse desecho de su oculto secreto en las oscuras aguas de un Nervión apagado por la noche, sin embargo, me arropó en su áspero delantal y esperó a la primera misa. Fui forrándome con láminas dulces, mientras ella vivió, lo que no fue mucho tiempo; el frío y la humedad caló en ella y se la llevó. Me dejó lo mismo para mi futuro.

La farola se despide vacilante y yo abro más los ojos, el continuo sirimiri los empaña. El primer transeúnte de la mañana no saluda, tiene prisa para abrir su puesto en el mercado, su olor no deja dudas de las características de su género. Otro me empuja descarado y me dice: “¡Vete a misa a rezar, aquí

molestas!”. Su carro tintinea a ritmo de las cantinas de leche recién ordeñada y el rozar de las ruedas en los adoquines desiguales. Una anciana camina encorvada con su cesto de huevos frescos y las últimas alubias del año para sacarse unas perrillas extras, quizás para comprar azúcar. Cruzan el puente de Bilbao la Vieja a la Plaza Mayor buscando una lámina dulce para su vida. Como mi madre lo hizo cada día de la suya. Yo quise tener algo mejor y me dejé engañar por sábanas calientes y cuerpos mentirosos, rey cada noche acumulando láminas con crema dulce, que se deshacían al amanecer sin encontrar la capa final que me bañase en chocolate estable las mil hojas de mi vida.

Ayer conté el número ochocientos quince y comprendí que no tenía más espacio en el fondo. Sentí frío y di un paso situándome en el centro, había dejado de llover, el viento noreste trajo polvo negro de la mina del Morro, para esquivarlo bajé la mirada a la vez que un zalamero gato restregó su pelo en mi falda mojada. Lo acaricie y atravesar la Plaza Mayor en aquel domingo de 1920. sentí la primera patada que puso azúcar glas en la capa más alta. Mi sentido se llenó de fuerza, miré el agua que hizo un remolino sobre mi imagen marchándose alegre sin esperar. Sabía cómo llegar a la Estación de Achuri y no viajaría sola. Había oído hablar de otro Norte más tolerante. Solo tenía que

SOBRE UNA OLA

M^a Ángeles Villanueva Moreno

La Mari no tiene remedio ni aprenderá nunca y no será por veces que le he explicado que la vida hay que tomársela despacito, a pequeños sorbos, intentando disfrutarla. Vamos, como si de una buena sopa de pescado se tratase.

Ayer se me presentó en casa, llorando a borbotones. No escarmienta, otra vez más la han dejado, y van... Y eso que esta vez se veía venir desde el primer día. Pero... ¿cómo se puede enamorar una, a golpe de vista y de lejos, de un surfista planeando sobre una ola de Mundaca? Pues así es ella. Lo vio, se imaginó el resto y se enamoró. Adams, así se llamaba el llorado, además de australiano y rubio era un mocetón que no le pegaba a la Mari ni aunque usase el mejor Loctite, pero el encanto y las triquiñuelas de mi amiga para engatusar a cualquiera, el paisaje de la zona y el calor sirvieron para que Adams, a la primera que se desenganchó de la tabla, se agarrase a Mari y no la soltase en todo el verano. Tal vez influyó que el piso que los padres de la Mari tienen

justo a la orillita de la playa es estupendo y la nevera de su cocina está siempre a rebosar y, por decir algo a favor de mi amiga, la verdad es que no está mal, sin ser gran cosa; tiene su gracia, además de un Peugeot descapotable que le compró su padre. Y claro está, el amor duró lo que duró el sol y las olas, y cuando llegaron las nubes, el frío y los temporales Adams dijo “Good bye” y se fue en busca de nuevos lugares y nuevas Maris más calientes.

Ayer, como cada fin de verano que la dejan plantada, mi amiga llorando desconsolada vino a mí para que la consolase. Estoy segura de que viene porque sabe que yo, perra vieja escarmentada, no me fío de ningún tío de los que vienen de paso, porque sé que se van y te destrozan el corazón, y de los locales menos porque te joden en su ambiente y también te destrozan el corazón. Así que ella sabe que yo sé lo que se siente cuando una está sola y sin nadie que echarse al cuerpo y quiere que la mimen... Y como cada fin de verano, para tranquilizarla, empecé a hacer la sopa.

-Venga... ayúdame- le dije -. Saca el puchero y echa el congrio, el puerro, la cebolla, la zanahoria, el tomate...

Mari enseguida se metió en el asunto. Es el problema de mi amiga, que se implica enseguida en todo y sale escaldada, como esta vez con la sopa que si no estoy yo al quite casi se le cae encima el caldo al echar las almejas, las gambas, el pan y el congrio desmenuzado. Y, como cada fin de verano, ella me preguntó:

-¿Estás segura de que la sopa me calmará esta desazón que tengo?...

-Pues claro, mujer -le contesté-, te calmará y te entonará.

-Y esta pimienta blanca que le echo al final... ¿tú crees que será la chispa que haga que me olvide definitivamente de él y empiece a buscar en el horizonte otro nuevo?

Y yo categóricamente le dije que no. La pimienta no es la chispa del olvido de un amor frustrado, la chispa es la que cogemos siempre con los gin tonics que nos tomamos después de la sopa, ella para olvidar sus amores y yo para olvidar mis sinamores.

Hoy, después del resacón, estamos como nuevas y dispuestas a enfrentarnos a lo que nos depare el futuro.

UNA CHABOLA PARA FELIPE

Carmen Camarero Torre

El destinatario de la chabola se llamaba Felipe Ortega y nos contó que era oriundo de un pueblecito de Burgos, Bezares, situado en la montaña de la Sierra de la Demanda, donde solamente vivían nueve vecinos, tres de los cuales se estaban planteando marchar fuera para ver si mejoraba su situación económica. Era una decisión muy dura, pero no quedaba otra. Estaba claro que el pueblo no daba para más. Tenían que irse. Hubo quienes se marcharon a Suiza y a Alemania, otros a Barcelona, cada cual iba donde algún familiar o vecino le había abierto camino, yendo meses antes de avanzadilla. El Nemesio se había marchado a Burgos capital, pero se tuvo que volver porque no logró encontrar trabajo, y si marcharse era duro, volver con las orejas gachas lo era todavía más. Al final se fue a Alemania quedándose el resto de la familia en el pueblo hasta ver si con lo que les iba mandando podían permitirse al menos pasar el invierno.

Pero Felipe ya lo había decidido, se iría a Bilbao, que era más seguro, porque José, el Panduro de Monterrubio, el pueblo vecino, ya llevaba allí dos años y le iba a ayudar a encontrar curro y además podría vivir en su casa de momento hasta lograr un alojamiento para que fuera toda la familia con idea de quedarse y volver solo para las fiestas, como venía haciendo el resto del personal. Con lo que no contaba era con que la casa donde vivía Panduro en realidad no era una casa, ni siquiera un piso pequeño. Él, que esperaba encontrar un lugar algo mejor donde prosperar, no se encontró con lo que había oído de que había agua dentro de las casas, que solo había que girar una manilla y caía todo el agua que desearas, que había una bombilla por habitación y daba tanta luz que parecía de día, que se podían hacer las necesidades sin tener que bajar a la cuadra o salir a la calle y luego se tiraba de una cuerda para que cayera agua y se limpiaba solo... Todo eso no estaba al alcance de todo el mundo. Para llegar a tenerlo la gente que llegaba tenía que pasarse unos cuantos años viviendo en unas chozas que se llamaban chabolas que eran más frías y endebles que los pajares donde guardaban la hierba y los animales, chabolas en las que las paredes eran de chapas sin encajar y tablas por las que, cada vez que llovía, caían goteras por todas partes llenándose la calle de charcos. Vamos, que en Bilbao no ataban a los perros con longanizas.

Trabajo sí había. Por ese lado no había problema, aunque con el salario que le daban después de trabajar unas doce horas o más diarias, apenas le llegaba para pagar el alojamiento, guardar algo para pagar el viaje de la familia y mandar el resto al pueblo. De buena gana se habría vuelto a Bezares, pero eso

ya era imposible. Volver sería como un fracaso, reconocer que no era capaz de buscarse la vida, que era un inútil. Empezaba a pensar que la gente no decía la verdad cuando volvía al pueblo el día de la fiesta y presumía de lo bien que le iba en la capital. Además... ¿cómo iba a seguir viviendo en el pueblo con sus diez ovejas, un cerdo, dos cabras y la yegua?... Tendría que apechugar como pudiera para ir abriéndose camino y empezar a ahorrar para poder entrar a renta en un pisito aunque fuera muy pequeño. Pero... ¿cuándo sería eso? Como había trabajo, acudía mucha gente y, aunque construían pisos muy deprisa, seguía habiendo más burros que pesebres como decían en el pueblo. Y como había necesidad se aprovechaban en los precios.

Cuando la chabola estuvo acabada, se fue al bareto a tomarse un txikito y a Felipe se le soltó la lengua y se lanzó a contarme anécdotas de su pueblo.

-¿Sabes que en los pueblos cada familia tiene un mote y que además se heredan y van pasando de generación en generación? En mi pueblo tenemos un Obispo, un Duque, un Cojitranco, al tío Solturas, al Navaliche... y en el pueblo de al lado vive el Rey y el Coronel por citar a los de más abolengo -me dijo.

-Tú también tendrás el tuyo. No vas a ser menos ¿no?

-Bueno, pues a mí me llaman el Cascahuevos. Viene de mi padre porque dicen que una vez que fueron varios vecinos a la feria de Hacinas a vender los cochinos, llevaba una cesta con dos docenas de huevos para un familiar de Salas, y a mitad de camino hicieron una apuesta a ver quién corría más con la caballería; se olvidó de que llevaba los huevos y al espolear al caballo los rompió todos menos uno.

-¿Tendrás muchas anécdotas más para contar de tu vida en el pueblo? -le pregunté interesado.

-Pues sí, tengo para empezar y no parar, además al estar fuera y solo a ratos me entra nostalgia y me vienen a la mente imágenes entrañables como las largas noches de invierno alrededor de la lumbre contando historias o las partidas de mus los domingos por la tarde en la taberna con un vaso de vino y unos puñados de cacahuetes recién tostados en el horno del pan, la ayuda incondicional que nos prestamos siempre que se necesita arrimar el hombro para la matanza, para recoger la hierba seca cuando viene tormenta... o simplemente el olor a humo de leña al atardecer, cuando volvemos del monte con las ovejas y las cabras. Bueno -continuó diciendo-, tampoco creas, que aspectos negativos también los hay, y muchos... porque reconocerás que es muy triste que siendo tan pocos vecinos haya gente que no se hable por auténticas naderías como mover medio metro un mojón para sacar un surco de la tierra del vecino colindante o porque un perro se ha comido un huevo en el gallinero de otro. Realmente la vida en el campo es muy dura. Te pasas el año rascando la tierra para que apenas te dé una miseria que no da para nada, y una

simple tormenta o un pedrisco te lo chafa por completo y te deja en pelotas. Pues mira, cuando alguien se pone enfermo hay que ir andando o a caballo a la hora que sea hasta Barbadillo, a cuatro kilómetros por la antigua vía, para buscar al médico. Porque en Barbadillo, como es más grande, tienen carretera y ahora acaba de llegar el teléfono, pero el personal beزاریego se ha quedado “in alvis”.

-Y ahora que está ya hecha la chabola... ¿qué planes tienes? -le pregunté.

- La semana que viene llega la familia, Doró y la prole: María de once años, Israel de nueve, la Vivi de ocho, Marce de seis y Teo de cinco. El abuelo y la abuela se van a quedar un tiempo hasta que nos instalemos de forma un poco más aceptable. Además tienen que cuidar a los animales hasta que los podamos vender. Lo que no sé es cómo nos las apañaremos los siete en la chabola con una especie de cocina chiquitina y una habitación con un somier y dos colchones en el suelo. Les he dicho que traigan los cacharros para la comida, algún caldero... No sé si les dejarán entrar en el tren en Burgos con tanto equipaje. Hasta allí no hay problema porque en el coche de línea dejan meter todo lo que haga falta... Me da miedo el susto que se van a llevar cuando vean esto. Ya le he anticipado algo a la Doró, poco, pero estoy seguro de que no se imagina lo que va a encontrar. Si te digo la verdad, esta vivienda es peor que la de los animales, porque en la sierra, como hace mucho frío en invierno, por lo menos las casas son buenas, grandes, de piedra, con buen tejado, y además algunos animales viven en la planta baja, en la cuadra que, quieras o no, dan calor en invierno. Y de leña para la lumbre no nos podemos quejar. Pero, claro, con la casa y la leña solo no se come.

-Bueno, te dejo, ya es tarde y habrá que retirarse. Nos veremos un día de estos, cuando hayan venido todos. Tengo muchas ganas de conocerlos –le dije.

-Agur, hasta la semana que viene.

BAJO EL PARAGUAS

Nilda Diarte Aguilera

“¡Desde aquí mismo se ve un arco iris y doble!... Eso quiere decir casi seguro que va a jarrear por un lado y por el otro quién sabe... Te juro, te lo juro”, dice Hernán mientras besa su dedo índice derecho alternando posición vertical y horizontal. Josefina lo mira azorada, no sabe si resignarse definitivamente a soportar las tonterías de este hombre con quien tarde o temprano terminará su vida. Lo ama, se aman, sin embargo, para ella es algo

inevitable, un sino, no imagina otro hombre en su vida, poder elegir otro destino es una situación sellada y eso, “señoras y señores, jode...”, piensa y a veces se anima a decirlo en voz alta y vocalizando delante del espejo. El chico insiste en haber oído ese pronóstico por la radio y ella no dice nada, ríe por costumbre, aunque él está diferente y, por si acaso, mantiene cierta distancia como cuando adolescentes, y se le ocurría ponerle una bola de nieve en la espalda o regalarle una flor espolvoreada con pimienta, también es verdad que ella no tardaba mucho en devolverle las bromitas. Él está definitivamente raro esta tarde, no le preocupa el disparatado pronóstico, lo que le está empezando a inquietar es su insistencia y su esfuerzo y el recurso infantil para convencerla. Por suerte, él se cansa o se aburre, también le pasa eso, pierde el interés con mucha facilidad, lo único que él jamás haría sería excluir a Josefina de su vida, era un territorio incuestionable tanto para los protagonistas como para los amigos y la numerosa parentela.

Se quedan un buen rato en silencio hasta que recuerda haber guardado algo en el bolsillo del pantalón, insinúa un gesto obsceno sin dejar de mirarla y aunque está sugiriendo otro juego tonto, lo que realmente quiere es captar toda su atención, y Hernán sabe que lo logra solo cuando la provoca, y suele detenerse un poco antes de ganarse un fuerte empujón, ella es más robusta que él y muy fuerte también, cuando eran niños no se privaba de hacer bromas con su nombre, cosas como que Jose sí, pero de fina, nada. Finalmente saca un papel doblado cuidadosamente, Josefina se relaja y entiende que tendrá que oír un poema o algo, y es cuando se derrite de amor por él, pasa de un comportamiento absolutamente soez a algo tan tierno como escribirle cosas malísimas aunque tiernas. “Tú, mi bella, erguida y no menos misteriosa y esbelta Dulcinea, por favor, serénate hermosa, no te dejes llevar por la emoción y tomá, por favor, pastillas de carbón“. Ambos sueltan largas y profundas risotadas y ella hubiera seguido si no fuera porque otro apretujón de la tripa la hace ir al servicio por quinta vez. Al salir, él la espera y, como pocas veces se pone serio, continúa: “Podríamos decir que hemos decidido, aunque quizás fuera un malentendido, lo cierto es que vamos a compartir paraguas, desayunos, risas en las madrugadas y constipados, y sobre todo miradas. Os lo contamos y esperamos que vengáis a compartir el mismo estupor de nuestro amor”.

“Eso no lo has escrito tú, no puedes saber lo que significa “estupor”, ni yo lo sé que soy mejor que tú en lengua, pero me da igual, me ha encantado”. Se abrazan como refugiándose del mundo. De pronto, ella asoma su cabeza entre sus brazos y dice: “Oye, esto se puede mejorar”, y él responde: “¿tú crees?...”. Se quedan en silencio, quieren simular el momento incómodo con una risita forzada, desisten, no tienen idea de cómo, sospechan que han crecido lo

suficiente y han ingresado al mundo de los adultos. “¿Vale?”, pregunta él; “Pues sí”, dice ella.

ÍNDICE

Maribel García Rodríguez	
El choquetazo	9
Zas	29
Begoña Gómez Saiz	
Intermitencias	12
Un ciclo	30
Teresa Isasi Gómez	
Bajo la sierra	14
Ana Lorente Maestre	
Como conseguir no escribir nada sin morir en el intento	18
La nave de los sueños	31
Mercedes Menéndez Aguirre	
Esa inspiración necesaria	20
Ronda con cascabel	33
Valentxu Torrientes Arauzo	
A ritmo de rock en la vieja locomotora	21
Tatuaje	35
Charo Vázquez Alonso	
Jaque mate	22
Las láminas del milhojas	36
M^a Ángeles Villanueva Moreno	
Luces de neón	24
Sobre una ola	37

Carmen Camarero Torre

Zorione

26

Una chabola para Felipe

39

Nilda Diarte Aguilera

De patatas y pucheros

27

Bajo el paraguas

41